

Cristina Costa Vieira, en «*A Rocha Branca*, de Fernando Campos: uma imagem heterodoxa de Safo?», explora las interpretaciones de la figura de la poetisa a lo largo de los siglos, deteniéndose en la obra mencionada, ya que se la compara con los héroes homéricos. Se trata también el tema de la homosexualidad de Safo y su suicidio por razones pasionales en la obra del portugués.

El libro se cierra con dos testimonios sobre la importancia del conocimiento de los clásicos en la actualidad y sobre su ubicua presencia. El primero de ellos, de Teolinda Gerção, parte de su visión de escritora europea; el segundo, de Lúcia Jorge, demuestra que no es posible escribir literatura en Occidente sin recurrir a los clásicos.

Este volumen pone a disposición de los investigadores interesados en la tradición clásica y la literatura comparada, especialmente la literatura portuguesa, una muestra exquisita de la cosecha científica del coloquio cuyas participaciones recoge.

Marta RAMOS GRANÉ  
*Universidad de Extremadura*

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ (coord.): *Ser autor en la España del siglo XVIII*. Gijón, Ediciones Trea, 2017, 526 páginas. ISBN: 978-84-17140-10-6.

La muerte de los géneros fue solo el primero de los funerales que convocaron a la literatura occidental el siglo pasado. A ellos siguieron, en la segunda mitad, las solemnes exequias del autor, la crítica y, en buena correspondencia, el lector. Pero no es menos cierto que desde entonces pocas instancias literarias han gozado de tanta vitalidad al margen de sus conceptos teóricos. En este sentido, el volumen colectivo *Ser autor en la España del siglo XVIII* viene a rescatar para el dieciochismo hispánico un eje de análisis injustamente vinculado al biografismo positivista decimonónico de raíces románticas y mirado con desdén tanto por el estructuralismo —receloso de todo enfoque individualizado— como por las teorías posestructuralistas —empleadas en desmontar las certezas más sólidas en torno a la centralidad, la cohesión y la factualidad de la noción de sujeto—: lo que va de Philippe Lejeune a Paul De Man en los estudios de la escritura autobiográfica y el sujeto literario.

Es posible que, en realidad, la crisis del autor en el último tercio del siglo pasado se produjera antes de que hubiera podido agotarse como eje de análisis válido o tuviera tiempo de aportar todas sus conclusiones. Así lo viene a testimoniar la cita de Nigel Glendinning rescatada para abrir la

introducción de este libro por su coordinadora, Elena de Lorenzo Álvarez: «Son los hombres quienes tienen ideas y estilos y caracteres, no los países: los sujetos, no los objetos». La referencia data de 1968, solo un año después de que Roland Barthes hubiera decretado la muerte del autor.

Ninguna prueba más evidente de una carencia que materializar algo y dejar que muestre por sí solo su novedad objetiva. El contraste revela la falla. Es lo que consigue este libro: mostrar con un enfoque autorial a dieciocho figuras de las letras hispánicas del siglo XVIII que arrojan así otras luces; y demostrar con ello que este modelo de análisis, evolucionado lejos del recto biografismo y prevenido de cualquier exceso de optimismo positivista por décadas de historiografía, es perfectamente capaz y necesario a la hora de reinterpretar los datos y de ofrecer nuevas relaciones. Así, no se trata solo de hacer bascular el análisis en torno al fiel de la balanza del sujeto autorial, sino que la autoconcepción y la autorrepresentación como escritores, las condiciones materiales y la estima social del oficio o las estrategias de individuación y de autoridad de la voz literaria se incorporan ahora como fases de una investigación en cuya base metodológica operan con naturalidad la historia de las ideas y de las mentalidades, la psicocrítica o el deconstructivismo.

Fruto, pues, del proyecto de investigación nacional *Sujeto e institución literaria en la Edad Moderna*, dirigido desde la Universidad de Córdoba por Pedro Ruiz Pérez, se publica este libro, coordinado por Elena de Lorenzo, directora del Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII de la Universidad de Oviedo y autora a su vez del capítulo dedicado a Jovellanos («El literato y las máscaras traslúcidas»), figura de la que es hoy una de las especialistas de referencia, entre otras razones, como editora de los *Escritos sobre literatura* en las *Obras completas de Jovellanos* (2009), así como por su labor en los acercamientos académicos que acompañaron las conmemoraciones del bicentenario de la muerte del ilustrado gijonés (2011): la magna exposición *La luz de Jovellanos* y el Congreso Internacional *Jovellanos, el valor de la razón, 1811-2011*.

Por su parte, Pedro Ruiz Pérez, autor y coordinador de volúmenes indispensables sobre el asunto que nos ocupa, si bien más orientados hacia el estudio de los siglos anteriores, como *La rúbrica del poeta. La expresión de la autoconciencia poética de Boscán a Góngora* (2009), o *El Parnaso versificado. La construcción de la república de los poetas en los Siglos de Oro* (2010), es autor aquí de «El sujeto autorial dieciochesco: a partir de una *Fama póstuma*», de Benegasi y Luján, que cierra la obra.

Como resulta natural en cualquier obra de carácter antológico, incluso en una de la amplitud de esta que supera las quinientas páginas, pueden faltar algunos autores. Podría haberse incluido, por ejemplo, a Vicente García de

la Huerta, a Juan Pablo Forner, a Francisco Mariano Nifo, a Cándido María Trigueros, a Margarita Hickey, a José Francisco de Isla, a muchos otros autores de la América española (pensemos en Servando Teresa de Mier o en Pablo de Olavide, por citar a dos autores esenciales de cada hemisferio). Pero también resulta evidente que ninguna de estas ausencias es clamorosa, o, si lo fuera por sí sola, apenas deja zonas de sombra que no puedan completarse por interacción del resto de autores. La cuestión no es tanto si faltan autores, sino más bien si los escritores seleccionados alcanzan para mostrar los modos de ser autor en la España del siglo XVIII. Y parece que sí.

Políticos a fuer de literatos, o a la inversa; sabios, apóstoles o arribistas —parafraseando dos libros esenciales de Joaquín Álvarez Barrientos y Fernando Durán sobre biografía y autobiografía en los literatos de la España del siglo XVIII que participan de la reciente recuperación general de la noción de autor—, estas figuras ofrecen aquí nuevos perfiles y revelan matices inéditos de su obra y de la época al ser puestas en el foco de esa condición clave.

Un logro importante del libro, en el que suponemos la mano de su coordinadora, es que todos los trabajos, pese a los perfiles diversos de los autores, responden a unas líneas comunes, con lo que se consigue un volumen homogéneo, capaz de responder a cuestiones bien trazadas desde la introducción, algo complicado en los trabajos que son fruto de la colaboración de muchas manos.

Otro mérito no menor del planeamiento editorial del volumen es que se haya convocado a participar en él a jóvenes investigadores que empiezan a trabajar sobre el siglo XVIII junto a dieciochistas de referencia, que en algunos casos compendian en sus capítulos décadas de estudio sobre los autores: es el caso, por ejemplo, de Inmaculada Urzainqui, coordinadora de la edición de las *Obras completas* de Feijoo y de las actas del congreso *Con la razón y la experiencia. Feijoo, 250 años después* (2014), que aquí firma «Feijoo y su autorrepresentación como escritor», novedoso acercamiento al benedictino.

Así, pues, y además de los ya citados hasta ahora, Ana Isabel Martín Puya, editora de los *Ocios políticos* (1726) de Torres Villarroel y cuya edición y análisis de las *Obras de Garcilaso de la Vega* anotadas por José Nicolás de Azara (1765) ha obtenido el Premio 2015 de Academia del Hispanismo, se ocupa aquí de la figura de Gabriel Álvarez de Toledo: «la práctica poética al servicio de la promoción social».

Álvarez Barrientos estudia a Martín Sarmiento («La escritura como gabinete de curiosidades»), cuyo *Sistema de adornos del Palacio Real de Madrid* editara ya en 2002. Retoma aquí parte de las hipótesis de las que se sirvió en el mencionado congreso *Feijoo, 250 años después* («Para la historia de una

amistad: Feijoo y Sarmiento»), al hablar de las resistencias barrocas y del profundo humanismo antiutilitarista del sabio, condicionantes de su actitud de autor.

El limeño Pedro de Peralta Barnuevo es analizado por Virginia Gil Amate como emblema de las aspiraciones ilustradas de reforma para el continente americano («Pedro de Peralta Barnuevo: el conocimiento, la razón y la esperanza»).

Francisco Javier Álvarez Amo estudia a Eugenio Gerardo Lobo, que fue objeto de su tesis doctoral (*Peripecias editoriales de Eugenio Gerardo Lobo*, 2009) y de quien ha editado *Obras poéticas líricas* (2012). Estudia aquí los particulares mecanismos externos de la sátira, sobre la que tendrán que volver otros capítulos del volumen, en un ambiente en que el mercado y el gran público se convierten en los nuevos mecenas del escritor.

Ignacio García Aguilar vuelve a Torres Villarroel, de quien ya se ocupara en «Los *Entretenimientos del numen* (1738) de Torres Villarroel: antología poética y vida literaria» (2013), o en «El destierro de la sentimentalidad lírica aurisecular en los sonetos amorosos de Torres Villarroel» (2015). El autor de la *Vida* no podía dejar de mostrarse como uno de los ejemplos más tempranos y claros de autoconciencia de la representación autorial y de su relación con la dimensión social, mercantil o política de la literatura.

La «autoimagen» de Ignacio de Luzán queda a cargo de José Checa Beltrán, especialista en poéticas y teoría literaria del siglo XVIII y autor de monografías ya clásicas sobre el tema, como *Pensamiento literario del siglo XVIII español* (2004) o *Razones del buen gusto. Poética española del neoclasicismo* (1998). Incide aquí en la necesidad de Luzán de autojustificación por un pasado austracista para explicar rasgos de su escritura, de su poética y de algunas gestuales filiaciones ideológicas como una misma ultracorrección defensiva.

De Porcel y Salablanca se ocupa Tania Padilla, que recientemente ha publicado la edición de «Papel nuevo. Benegasi contra Benegasi» (2015). Como sucede en Feijoo, las tensiones de su retrato público de autor, de asunto, tono, de «profesión» al cabo, se establecen en él entre la carrera eclesiástica y la literaria.

Ramón de la Cruz está al cargo de Alberto Romero Ferrer, que ya se ocupara del autor en «El sainete dieciochesco, modelo de civilización» (2014), entre otros estudios. Representante eminente en el volumen del género teatral, el de mayor implicación social, económica y política, en virtud de su éxito sainetero se vio descalificado intelectualmente y extrañado de la república de las letras, lo que activó en él mecanismos correctores de autorrepresentación.

De Moratín padre se ocupa Philip Deacon (a quien no en vano homenajeó en 2014 el *Bulletin of Spanish Studies* bajo el lema *El dulce Moratín fue mi maestro*). Entre otros aspectos de su carrera literaria, el relato de su *Vida* se pone en cuestión al confrontarlo con datos externos y con el retrato ofrecido por su propio hijo Leandro, preocupado por el perfil póstumo de su padre. Del hijo se ocupará, por su parte, Jesús Pérez-Magallón, editor de sus *Poesías completas* (1995) y de *Los Moratines. Obras completas* (2008), en el capítulo que estudia sus intentos por lograr la doble fama en el Parnaso, o «la corona cómica y la corona lírica».

Los perfiles autoriales de Cadalso se estudian en el capítulo «Cadalso, autor de bien», a cargo de Miguel Ángel Lama, editor de los *Ocios de mi juventud* (2013). Como sucedía en el caso de Lobo, Cadalso invita a estudiar su autorrepresentación como poeta y soldado y las modificaciones históricas introducidas en este tradicional resorte autoritativo, del que el autor de las *Cartas marruecas* quiere desprenderse con toda intención. En sentido coincidente analiza Lama el retrato de énfasis puramente interior y moral de su autobiografía.

La construcción discursiva del autor en Tomás de Iriarte es estudiada por Miguel Ángel Perdomo Batista, autor de «La ascensión de los Iriarte. A propósito de la relación entre políticos y literatos en la España del absolutismo borbónico» (2011). Con ocasión del estudio de sus disputas más sonadas, se ven aquí los rasgos que delinean una carrera literaria moderna, asentada sobre la diestra acumulación de capital moral y político.

Rodrigo Olay Valdés estudia a Meléndez Valdés («Una carrera política en los circuitos del poder»), en quien desentraña los cálculos continuos en pos del ascenso social y una técnica de autolegitimación confiada a la exhibición de cargos y dignidades compensatorios de unos orígenes familiares que no estaban a la altura de sus expectativas.

«Las vigilias eruditas de José de Vargas Ponce» corresponden a Fernando Durán, quien ya publicara *José Vargas Ponce (1760-1821): ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras* (1997) y editara sus *Obras escogidas* (2012), y de quien ahora analiza por primera vez la dimensión de autor, primero en busca de público y más adelante de prestigio al margen de su condición de servidor público, pero siempre con la voluntad de quien dirige sus estrategias de firma y prevé su fama póstuma.

Rosa de Gálvez es estudiada por María Jesús García Garrosa, autora de «Imagen y palabra de mujer en las letras españolas del siglo XVIII» (2006) o «La otra voz de María Rosa de Gálvez: las traducciones de una dramaturga neoclásica» (2011). Más allá de un contexto social que imponía el ajuste de las aspiraciones literarias de las mujeres, Gálvez destaca como la

autora de mayor autoconciencia de su época, así como por una indisimulada ambición, puesta a prueba, como dramaturga, en el género literario más público y social.

La nómina de especialistas y estudios se completa con Rosa María Aradra, autora de *Teoría del canon y literatura española* (2000), que estudia los conceptos de autor y sujeto literario en Manuel José Quintana.

Al margen de las aportaciones o matices novedosos que ofrece cada capítulo, esta nómina evoca algo más: si décadas antes un Feijoo hubiera sido el de Gregorio Marañón, un Jovellanos el de José Miguel Caso González, un Torres Villarroel el de Guy Mercadier, un Porcel el de María Dolores Tortosa Linde, un Cadalso el de Nigel Glendinning, un Meléndez Valdés el de Georges Demerson o Emilio Palacios y un Quintana el de Albert Dérozier, en la nómina de investigadores del siglo XXI se palpa la renovación del dieciochismo español. Y no solo en sus nombres propios, sino en las luces nuevas que arroja, bajo una lente, como es la condición de autor, si no nueva, sí al menos revertida hoy de la apresurada certificación de su muerte.

Eduardo SAN JOSÉ VÁZQUEZ

*Instituto Feijoo de Estudios del siglo XVIII-Universidad de Oviedo*